

Para Noris había sido una especie de sueño inconsciente aquella hora de un crepúsculo de Abril, en que se había entregado al Príncipe; para éste una aventura deliciosa, y, sorprendido al sentirse decididamente conquistado, encontraba en la joven una querida inesperada, cien veces más linda y más adorable que la baronesa Niedmann, que disputaba á su marido, y que María Launay, de la Ópera, que le quitaba al banquero Molina.

Una conquista seductora y «sabrosa», como decía á su primo Raimundo de Ferdys, á quien interesaban poco estas confidencias. Un amor burgués, tan desatinado como todos los demás, pero divertido como una excursión por un barrio desconocido. El príncipe René Beaumartel de Chantenay tenía con él para una estación; Noris había puesto su vida entera en aquel primer amor.

En un principio, hubo en aquellos dos seres, tan desemejantes y reunidos en la apariencia por

idénticos sentimientos, el capricho del uno y la pasión del otro, un momento de embriaguez, y para Noris, en su misma desgracia, horas de alegría. Adoraba á René, y se entregaba á él con toda la confianza de un candor apasionado é ignorante. Sería su esposa, conforme se lo había jurado; pero no reflexionaba en la dolorosa realidad de que era su querida.

¡Su querida! Hasta el nombre le habría sido querido por la fe que tenía en aquel Príncipe idealizado por su fantasía; pero no lo pronunciaba ni aun en pensamiento. Se dejaba arrastrar á impulsos de René, esperando la hora en que recobrase su padre la libertad, para decirle:

—¡Soy la esposa de René!

No le ocurría el pensamiento de que «la esposa del príncipe de Chantenay» era ó sería una Princesa, ni tenía en cuenta para nada el título de René. Sólo adoraba á él. La hija tenía, en sus heroicos candores de alma, las ignorancias ó las ilusiones del padre: éste las expiaba en la celda doble de Mazas con un fracturador de cerraduras: ella experimentaba una inmensa alegría al acariciar el doble sueño de que Feraud se vería libre y rehabilitado, y de que René era su esposo ante el honor.

Entonces comenzó para aquel parisiense cansado de París, y para aquella niña, crecida y desarrollada en la atmósfera de una biblioteca, medio secuestrada por la humilde existencia del narrador á diez céntimos la línea, una vida extraña de paseos furtivos, porque René no quería mostrarse mucho, y Noris sólo pensaba en estar sola con él. Y así paseaba el idilio de sus amores de veinte años por rincones perdidos que René desconocía

y que le divertían. Iban desde la calle Brochant á Montmartre por callejuelas ignoradas, confundidos con la multitud, ó perdidos en las soledades de aquellos barrios. Al salir de los salones del palacio de Chantenay, encontraba singular encanto en aquellas escapatorias: al día siguiente de alguna recepción, en que su madre había hecho escuchar á sus invitados alguna música exótica, René se complacía en perderse con Noris por aquellas callejas, en que podían hablar alto sin ser escuchados.

Se admiraba con él de que hubiese en París aquellas calles inexploradas, curiosamente nuevas y pintorescas; aquellas calles en cuesta, tranquilas, sin coches, envueltas en una especie de atmósfera de provincia. Las mujeres se asomaban allí al escalón de las puertas; los muchachos salían corriendo de alguna escuela vecina, y sus gritos se mezclaban con el piar de los pájaros revoloteando por los árboles reverdecidos. Por encima de las paredes grises se destacaban algunas risueñas florecillas que alegraban la vista de Noris, sintiendo la embriaguez de la primavera. En aquella atmósfera primaveral, no sabía á punto fijo si tenía gana de reír ó llorar. Y acercándose á René, subía por la calle Lepic la colina que conduce al vetusto molino de madera, ennegrecido y dislocado por el agua de las lluvias, y se detenía, presa de una melancolía singular, ante la frescura de la menuda hierba que se extendía hasta el valle, y, sobre todo, ante la perspectiva de las inmediaciones de París, de un gran horizonte perdido entre la bruma, hasta los distantes molinos de Sannois.

—¿Sabes (decía) que quisiera vivir aquí siempre, ó irme contigo y para siempre, lejos, muy lejos?

Sí, habría querido irse lejos, más lejos de aquella línea violácea del horizonte, por los campos, sola con René, á quien amaría siempre como le amaba entonces. ¡Oh, si aquel amor pudiera durar siempre, amando y siendo amada!

No solamente era posible aquel sueño, sino que se acercaba su realización. Dentro de tres ó cuatro semanas se vería en apelación el proceso de Vé-rignon y consortes, y triunfaría la influencia del príncipe de Chantenay.

Noris dudaba tan poco del resultado final de la causa como de la lealtad de René: su inquietud única era la visible debilidad de Feraud. En cada una de sus visitas le encontraba más pálido. Cuando, sentada en el banco del locutorio, sentía acercarse, á través de los hierros de la reja pintados de rojo, los pasos del prisionero, parecía que cada vez eran más lentos y pesados. El cuerpo se encorvaba; el rostro estaba pálido y anémico.

—¿Sufres?—preguntaba Noris inquieta.

Y el padre, sonriendo detrás de los barrotes, respondía:

—No.

—¿Te fastidias?

—De ninguna manera.... Potier me divierte.

—¿Potier?

Potier, el hombre de la cerradura; contaba sus amores al novelista, y cómo, por una tunanta que le engañaba, había robado á su principal y perdido su vida.

—Es curioso, muy curioso (repetía Feraud). Escribiré un libro sobre esto. ¡Qué estupidez es el amor!

Y luego, conteniéndose, añadía:

—Hay de todo....; no quiero desilusionarte; pero la vida no es una novela, y se paga muy caro considerarla como tal.

René pedía muy pocas veces noticias de Feraud, por serle penoso hablar del condenado. Una vez le dijo Noris:

—Cuando esté aquí mi padre, será preciso contárselo todo.

El joven se mordió ligeramente el rubio bigote.

—¡Lo habéis jurado!—dijo Noris.

—Y no lo olvido,—repitió vivamente el Príncipe.

Tenía prisa por dejar esta conversación, seguida en la salita de la calle Brochant, y para pasar á otro asunto, dijo de repente, mirando una cabeza de mujer pintada valientemente en un cuadro cuyo marco dorado estaba muy viejo:

—¿Qué es eso? No tiene mal carácter....

—Es un Delacroix,—dijo Noris.

—No se lo figura nadie: tal vez está colocado á mala luz ó carece de barniz.

—Fué el primer cuadro que mi padre compró, hace mucho tiempo, cuando yo era pequeña. ¡Qué feliz era entonces! Un Delacroix ... Un estudio de judía que el pintor había traído de Marruecos. Creo que pagó por él doscientos cincuenta ó trescientos francos.

El Príncipe miraba el estudio colocado á mala luz: una hermosa joven morena, con el cabello suelto y monedas junto á la frente; sin duda alguna bailarina de café morisco. Y René dijo sencillamente:

—Aquel era buen tiempo de comprar cuadros....

¡Hoy venden muy caro los pintores!

—Y tienen razón, vengando á sus maestros,—dijo

Noris, sonriendo tristemente, porque recordaba que también su padre trabajaba mucho y vendía poco.

—Pero debierais ponerle un marco nuevo á vuestro Delacroix....

René hablaba de pintura con la misma desenvoltura que de todo. Un hombre de su rango debía conocer de todo y presenciar la sesión de barnizado como el concurso hípico. Sin él no se hubiera abierto la exposición.

No se habló más de la *Judía de Marruecos* de Delacroix. René apartó del cuadro sus ojos fatigados, y los volvió á Noris con la admiración de conocedor que hubiera mostrado examinando una yegua vencedora en las carreras. Elogiaba la pequeñez de sus orejas, su espléndida cabellera, lo aterciopelado de sus ojos, y la joven, ante aquellos madrigales que la detallaban brutalmente, se sentía incómoda y avergonzada, y reclamaba de René otros elogios.

—¿Y cuáles, si os digo que sois admirable? Ella sonreía melancólicamente.

—Decidme que no soy mala, y que me amais: ¡lo preferiré!

René no mentía. La encontraba tan linda, que después de gozar de aquel amor á escondidas, sentía la tentación de mostrarla al público, de presentarla á sus amigos de los clubs, de engalanarse con su conquista. El famoso libro vivo que no hubiera leído nadie, y de que hablaba su tío el Marqués, estaba allí. ¡El era el primero que lo había abierto y hojeado, él, *Flor-de-Chic!* Pero hubiera deseado que todo el mundo lo supiese.... Habría querido oponer su Noris, aquella jitana parisiense, adorable en el esplendor de su belleza, á todas las celebridades,

que habrían quedado al punto eclipsadas. Un triunfo para ella y para él. Pero Noris parecía no entender siempre que la hablaba de salir de aquel estrecho círculo en que paseaban sus amores. Vestía de luto, y cuanto no fuera su padre ó René, le causaba horror. Hasta que Feraud no saliese de la prisión, ¿cómo mostrarse á quien no fuera el señor de Fontenay?

Victorina, preocupada por la palidez de la señorita, la aconsejaba, no obstante, que tomase el aire y se distrajera. La vieja, no sospechando nada, consideraba al Príncipe como su salvador, y le saludaba con respeto; no había comprendido ciertas bromas de dudoso buen gusto del cochero que solía conducir á su amo desde el parque Monceau á la calle Brochant. Las malicias del criado se habían estrellado en la ignorancia de la cocinera. Por lo demás, el nuevo cochero inglés no pronunciaba nunca una palabra. Victorina le prefería á su antecesor, y repetía á Noris:

—Ya que el Príncipe os convida, debéis aceptar.... No es bueno respirar solamente la atmósfera de Mazas. Cuando yo voy allí, vuelvo con dolor de cabeza. ¡Pobre señor! ¡Cuánto debe sufrir! ¿Y no condenarán á presidio á ese Vérignon, cuando merecía que le cortasen la cabeza?

Noris no escuchaba á René ni á Victorina. Le agradaba seguir en su casita, con la esperanza de ver entrar en ella á Eugenio Feraud, y el placer de recibir en ella al *príncipe azul*. Encontraba un verdadero encanto en aquella vida que constituía un estado de sonambulismo particular: ignoraba si era una mujer caída ó una desposada; sabía que amaba á René, y que éste, entre sus frases de

amor, le hablaba de la salvación de su padre. He ahí todo. Y así transcurrían los días y se acercaba aquel en que Feraud debía leer, ante sus nuevos jueces, la larguísima defensa que emborronaba sobre la mesita de pino de su celda de Mazas.

Tal vez por aproximarse aquel momento de febril alegría, Noris consintió en que le fuera presentado el joven marques de Ferdys, primo de René. Á falta de sus compañeros de club, el Príncipe mostraba empeño en que Raimundo, por lo menos, conociese á la criatura ideal descubierta por él. De mejor gana la hubiera presentado al padre de Raimundo; pero René no se fiaba del Marqués. Con sus bigotes de perro viejo y sus encrespados cabellos blancos, aquel diablo de tío encendía una pasión y adoraba como un loco. Por contrariar á su sobrino, hubiera sido capaz de hacer la corte á Noris, y René prefería darse tono con aquella querida ante el grandullón Raimundo, que se admiraría, pero no le disgustaría su conquista.

René propuso con naturalidad una cena en cualquier restaurant de los Campos Elíseos, un pretexto; pero la idea desagradó á Noris, produciéndole un efecto singular. En uno de aquellos gabinetes particulares á que el Príncipe la quería llevar era donde se hubiera juzgado verdaderamente caída. Si el señor de Ferdys quería verla, le bastaba ir con René cualquier día. Y es lo que hizo Raimundo, mitad por entretenerse, mitad por la curiosidad que á los veinte años despierta cualquier imagen de mujer evocada por otro.

Una noche acudió con René, habló con Noris, y quedó tan encantado de ella como la joven de él. Era un joven alto, delicado y flaco, con los ojos

negros como el carbón, los labios serios y casi sombríos, pero que, en sus escasas sonrisas, dejaban ver una dentadura sana y blanca. Llevaba unas patillas nacientes y rizadas, y bajo su vestido de paisano, muy elegante, se adivinaba la corrección del marino, prestándole un encanto y una desenvoltura especiales.

Raimundo miró durante toda la visita á Noris Feraud con una expresión de tristeza que ella tradujo por amistoso interés, y que era algo más: la sensación profunda y como el presentimiento de un dolor inevitable. Comparaba instintivamente, paseando la mirada desde René á Noris, aquellos dos seres de carne y hueso, tan diferentes entre sí, tan poco predestinados á comprenderse, y que la vida ó la casualidad había reunido, poniendo el candor y la credulidad de la doncella al alcance de la audacia ó de la habilidad del calavera.

Raimundo, que por su género de vida sentía delante de cualquier mujer un malestar verdaderamente feroz, no experimentaba lo mismo junto á Noris. Tenía una cólera instintiva contra las mujeres que se venden ó se entregan, y el Marqués su padre decía, riendo, que si Raimundo no se hacía marino, cantarfa misa.

—Es un místico, como lo era su madre; ¡pero sentiría que el hijo de una santa fuera santo también! Cuando yo me vaya acabando, no me disgustará tener en torno mío unos cuantos chicuelos, guapos, gordos y rubios, á quienes inculcar mi moralidad de abuelo.

Raimundo, en efecto, entraba en las luchas del mundo con una resolución de paladín, tímideces de sensitiva y preocupaciones de aldeano. Muy niño

aún, había visto llorar á su madre, y notado que ésta le estrechaba contra su rostro, para que no conociese antes que la vida el amargo dejo del llanto.

El agua lustral debía estar formada de lágrimas, porque ellas constituyen el bautismo del hombre.

El niño había crecido con la imagen triste de la linda Marquesa ante sus ojos, y, ya joven, seguía algo sombrío y feroz, pero atraído naturalmente hacia las melancolías femeninas y las sonrisas dulces, tristezas dibujadas que le recordaban la suya de antaño. Noris, aunque feliz por juzgarse amada, tenía la expresión de un vago sufrimiento, como de una herida oculta, y por eso agradaba á Raimundo, que delante de ella se encontraba menos intimidado y menos torpe, y confiado en haber hecho nacer en ella, desde la primera entrevista, una profunda confianza.

La primera frase de Ferdys, al dejar á Noris, fué la siguiente, que dirigió á René:

—Es encantadora.

—¿Verdad que sí?—dijo orgullosamente el Príncipe.

—¿Y la amas realmente?

—Como un loco.

—¿Es tu querida?

—¿Cómo?—preguntó René sorprendido.

Y miraba á Raimundo, que, sin perder su seriedad, repetía la pregunta, calificada de extravagante por René.

—Te pregunto si la señorita Feraud es tu querida.

—¡Buena idea!... Si no lo fuese, sería yo un imbecil.

—Eso, según y conforme. ¿Era honrada antes de haber tropezado contigo?

—De una honradez irreprochable. Un diamante, una gota de agua...., lo que quieras. ¡Pura como el cristal!

—Y entonces (preguntó Raimundo), ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? ¿De Noris?

—Sí; de esa señorita.

—Adorarla, engalanarla, lanzarla.... Estoy dispuesto á hacer toda clase de tonterías, porque me tiene loco.

—¿Por qué no te casas con ella?

Esta vez René contestó con una risa tan ruidosa como débil era el *clo clo* de su habitual risa nerviosa, que imitaban también otros muchos jóvenes.

—¿Por qué no me caso con ella?... Porque nadie se casa con su querida.

—No, perdona: cuando la querida es una muchacha honrada, se debe uno casar con ella.

—¡Eres un tipo completo de candidez, Raimundo!.... ¡La edad de oro....; me representas la edad de oro! ¡Un alma antediluviana! ¡Te abrazaría y aun pediría para ti el premio Montyon, si no fuera porque ya ha pasado el tiempo en que los reyes se casaban con pastoras!

El coche se detenía delante del palacio, y Raimundo no quiso insistir, mucho más hablando por una impresión puramente personal, puesto que no conocía á Noris; pero su instinto de rectitud le hacía tender sin vacilaciones al absoluto de la situación, pues siempre marchaba en derechura á lo que debía hacerse, y decía con entereza lo que debía de-

cirse. El marqués de Ferdys hallaba en su hijo el corazón levantado de la madre.

Esta manera de ser de Raimundo había complacido á Noris, que le contaba ya como un amigo más, y, á pesar de su confianza en el resultado definitivo del proceso Vérignon, experimentaba una verdadera alegría viendo nacer una nueva afeción. Ferdys, por otra parte, era primo del Príncipe, y ella amaba cuanto se refería á René, á quien conceptuaba inocentemente como el salvador de Feraud.

Pero ¿estaba salvado el pobre novelista, que con tantos sufrimientos había pagado sus quiméricos sueños? El asunto no había sido juzgado aún en casación; pero por indicios múltiples y frases consoladoras, Noris juzgaba segura la absolución. Los magistrados á quienes hablaba se lo daban á entender así vagamente en sus respuestas sibilíficas, cortesananas y acompañadas de sonrisas de inteligencia. Uno de ellos, que pasaba por escéptico, y tenía talento, le había dicho francamente: «No temáis nada, señorita. Hasta en los tribunales, el derecho es reconocido y la razón acaba por tener razón».

Ella esperaba, pues, impacientemente el nuevo juicio. Pero, ¿y si se engañaba, y marchaba á una decepción nueva y siniestra? Porque también había esperado, cuando el juicio del tribunal inferior, en aquel cuarto del *Hotel de Enrique IV*, donde tanto había sufrido su corazón, y al que no volvería nunca. Noris tenía la superstición de los desgraciados, que atribuyen sus dolores á las cosas inertes.

No: esta vez iría, desafiando á la muchedumbre, á colocarse cerca de su padre, para abrazarse á su

cuello, si le era devuelto, y defenderle con su afecto y su respeto si inicualemente le condenaban. Se sentía con ánimos para la lucha; pero ésta sería innecesaria, porque Feraud sería absuelto. Examinado mejor el proceso, debía haberse visto que el buen hombre era inocente.

Una sola frase de los hombres de ley á quienes había consultado, la hacía temblar de angustia: «Vuestro padre es tan inocente, que lo es ya demasiado», le había dicho uno de los jueces. ¿Sería esto dudar de la ingenuidad de Feraud?

El tribunal al cabo no dudó. Noris, después del dolor de ver entre gendarmes á su padre junto á Vérignon, siempre elegante é impertinente, tuvo al menos la alegría de oír pronunciar la absolución de su padre. Ella sólo esperaba en la sentencia el nombre de Feraud: nada le importaba que el tribunal hubiera confirmado pura y simplemente la pena impuesta á Vérignon y que redujese á dos años la del Ingeniero. La suerte de su padre es lo que la tenía como petrificada entre el auditorio y suspenso sólo de cada palabra del Presidente.

Cuando escuchó que el pobre hombre quedaba en libertad, los sollozos amenazaban ahogarla, y creyó que iba á desmayarse, como la primera vez al ser su padre condenado. Todo en torno suyo se confundía y giraba entre nieblas: las cabezas de los jueces, las de los oyentes, hasta las paredes le parecían confusas. Después de aquella indicación de un síncope, volvió en sí bruscamente, y buscó á Feraud en el banco de los acusados. Ninguno de ellos estaba allí, y la sala se iba desalojando de espectadores, que cambiaban sus impresiones como al terminar una comedia.

Noris no sabía cómo encontrar á su padre. El Príncipe no había querido aparecer por el Palacio; Victorina, enferma y temerosa, tampoco había asistido á la vista, y la joven daba vueltas buscando algún ugiere que la guiase. Un periodista, Gardanne, redactor de *El Parisiense de París*, la vió y la ofreció el brazo para ir en busca de su padre: ella aceptó con gratitud, y atravesando algunos corredores, llegaron á una sala, de la que salía Feraud algo deslumbrado y caminando al acaso.

Por vez primera, después de varios meses, Noris pudo abrazarle sin que se interpusieran los barrotes del locutorio, y sintió la presión de las manos de su padre, las lágrimas y los besos del mismo sobre su frente y sobre sus cabellos: caricias paternales de que se viera tanto tiempo privada.

Gardanne se había retirado discretamente.

Aquellos dos seres tan castigados quedaban allí solos, abrazados, estrechándose el uno contra el otro, y poniendo en aquel abrazo todos sus sufrimientos pasados, como en un beso de alegría después de un naufragio. Noris lloraba, apoyando su cabeza morena sobre el pecho de Feraud, y éste experimentaba una tierna voluptuosidad acariciando con sus manos temblorosas y seniles el rostro de su hija.

—¡Ya ves, Dinorèta; ya ves cómo han reconocido que se engañaban! Absuelto.... Son muy buenas personas esos jueces, y no torpes.... ¡Á Vérignon le guardan, y hacen bien! ¡Es el único á quien odio..., y ni aun á él tampoco! Yo no odio á nadie.... ¡Estoy tan contento! Noris, mi querida hija; abrázame, abrázame de nuevo....

Noris, radiante también de alegría, no le con-

testaba, presurosa por conducir á Feraud hacia la casita. ¡Ah! Esta vez, Victorina tendría que poner dos cubiertos. ¡Su padre estaba libre! Ella le miraba, le abrazaba, unía su rostro al de su padre, dentro del coche que les conducía á Bati-
gnolles; mezclaba los rizos de su negra cabellera con la barba gris; y mecida por el movimiento del carruaje, como si hubiera sido la hamaca de un ensueño, le decía:

—¡Qué felices vamos á ser ahora, padre! ¡Estoy tan contenta, tan contenta, y te quiero tanto!

VII.

Parecíale á Eugenio Feraud que acababa de tener una enfermedad ó un mal sueño. La aventura de las minas de Sierra-Fuente, el arresto, el tribunal, los días lentos de Mazas, las conversaciones con Potier, su compañero de celda; toda esta fantasmagoría se disipaba como visiones de calenturiento después del acceso. Se volvía á encontrar, con regocijos lánguidos y dulces de convaleciente, en la habitación pequeña de donde había salido (el ambicioso), para ir á perderse en el solemne gabinete del «señor Secretario General». ¡Qué bien se estaba en un dulce reposo, á la ventana de la calle Brochant, con la mirada fija en el verde de los árboles del parque, y al anochecer en la púrpura del sol poniente!

El viejo novelista miraba, tomaba uno por uno y hojeaba los libros de su biblioteca, no encontrando ¡ay! todos sus papeles, que la curia ó el paleógrafo pericial había guardado; pero en el sitio